

LAS VENTANAS CERRADAS

POR ANA M.^a NAVALES

Los escalones de la casa estaban gastados por el centro, pulimentados, como algunas rocas de la montaña que marcan el camino a los escaladores. Dentro olía a húmedo y a cosas viejas. Apenas pasaba la luz tras las persianas de madera y cuerda, que tenían tantos años como restos de capas de pintura. Aislaban el recinto del exterior y protegían los cristales contra las piedras de la chiquillería. Allí, entre cachivaches, vivía Andrea. La callada, trabajadora, gris y casi vieja señorita Andrea. Vivía o dejaba pasar los años entre polvo y oscuridad avivada por una lámpara, que enfocaba su labor. Renegaba a solas. Caminaba oyendo el roce de sus zapatillas. Hablaba tras las ventanas cerradas con la gente del pueblo. Les lanzaba las verdades que no salían al exterior y sonreía pícaramente, quedándose tan a sus anchas, después de decir:

—¿Y ese hijo de quién es, señora Clotilde?

O, al paso de algún cincuentón ensortijado:

—¿Cuántos vagones de trigo recogió este año, don Blas?

Así: don Blas de profesión agricultor. Y así: señora Clotilde, esposa del secretario del Ayuntamiento a quien le sustituye en todo Emeterio, cuando se ausenta. Tan servicial es el bueno de Emeterio que el último hijo del secretario ha sacado sus grandes ojos azules para que nunca olviden los servicios prestados.

A la señorita Andrea aquello y un montón de cosas más le tenían sin cuidado. A lo sumo se las lanzaba al cogote del que pasaba bajo sus ventanas, simplemente por meterse con alguien o por venganza de ajenas habladurías, que le rozaban muy de cerca. Bien sabía que los otros la creían chiflada, neurasténica, vieja seca, inútil y molesta. Nunca se metió directamente con nadie, pero los demás no le dejaron hacer su vida paciente y tranquila. Salía a misa el domingo con sombrero anticuado y un viejo vestido que hacía cinco años fue un gran modelo. ¿Qué iba a hacer

si la ropa le duraba tanto! No se podía permitir tirarla así como así. Ni presumir de dar a los pobres. Casi todos en el pueblo vivían mejor que ella, que se tenía que bastar a sí misma.

El domingo cargaba con un montón de novelas pollicíacas, cinco o seis que cambiaba de la semana anterior. Novelas sobre todo de Agatha Christie. Las leía a pedacitos saboreando el interés de la trama. Leía cuando ya la espalda se resentía de estar doblada, frente al mundillo, luego continuaba tic-tac-tac-paratac con el ruido de los bolillos. Mientras su cuerpo ejercitaba un acto reflejo y seguía fiel el dibujo de la puntilla: tic-tac-tac-paratac, ella dejaba ir su pensamiento mecido por la música de los palitroques que movía. Buscaba en su mente al menos sospechoso o gris de los personajes de la última novela leída o a aquél otro, por el contrario, que estaba señalado claramente como criminal. Barajaba ideas o expresiones para comprobar al final de la jornada, si tenía razón o no en las suposiciones. Pasaba gran parte del día con la espalda curvada, las muñecas girando aquí y allá, cruzando hilos y sujetándolos con alfileres. Hacía tirada tras tirada de encaje. Subir la labor era una molestia a la que no se acostumbraba nunca, entonces se le recrudecía todo lo malo y veía sus puntillas destinadas a embellecer mantelerías, sábanas, ropa interior, el ajuar de cualquier novia rica de pueblo. Sin conocerla la odiaba.

Tic-tac-tac-paratac. Hoy tenía que estar contenta, dejarse de meditaciones. Una vez al mes, su pensamiento debía andar acorde con su cuerpo. Borrar las melancolías. Esa tristeza que le había consumido la mitad de su existencia, la que le pareció más larga: la segunda etapa de su vida, la época inútil. Su misión era seguir sin más. Sin nadie a quien importar. En los treinta últimos años había tenido manías diferentes. Ir a las bodas y recoger los ramos de las novias con la esperanza absurda de ser ella la próxima protagonista. La gente se reía y terminó por no acudir a por el trofeo que se marchitaba más deprisa que sus ilusiones.

Tic-tac-tac-paratac. Sí, una vez al mes tenía que tener la mente lúcida y dejarse de recuerdos apolillados y de ideas que a nada conducen. Venía el comerciante del pueblo vecino a llevarse su mercancía. Tenía que estar lista para medir las varas de encaje y contar el dinero. Sobre todo arreglarse un poco y preparar el té que cerraba el trato. Imaginaba a la gente murmurando acerca de este té y del tiempo, una hora aproximadamente, que el hombre pasaba en la casa. Aquel rato era su único esparcimiento. El le contaba historias y sorbía el té despacito, ella le escuchaba, interrumpía con observaciones simples o acababan en lo mismo:

—¿Y quién le mató?

—Pero, señorita Andrea que no hay ningún muerto.

—Dispense, don Manuel. Siga usted, yo creí...

Don Manuel inventaba como frente a un niño pequeño, que nos pide que le contemos un cuento. Agotados Blanca Nieves, Barba Azul, Caperucita Roja, El Gato con botas, "Garbancito" y "La ratita", uno acude a sus propias historias, a cuentos particulares o a hablar por no callar,

reflejando lo que tiene enfrente. No hay más que abrir los ojos y dejar correr el pensamiento:

Así un día, la señorita Andrea oyó:

—Esta es la historia de un hombre gris que va por una carretera...

—También gris.

—No camina. Sus zapatos le llevan. Mira hacia arriba y el cielo es gris.

—No hay sol.

—No. Su traje es gris.

—Todo gris. ¿Y lo matan?

—No; se muere.

Fracasado en su intento empezó de nuevo con otro tema:

—Había un hombre...

—Siempre un hombre.

—Bueno, es que éste va a la guerra y éso no es asunto de mujeres.

—De acuerdo.

Andrea se calentaba las manos alrededor de la taza de té humeante.

—...el hombre está en un pasillo. Es como un corredor de goma con las paredes elásticas. Quiere avanzar y no puede. El final es un punto, un vértice, donde todo converge y se estira y se aleja. Se fatiga de caminar en vano. Va flotante, extraño a la acción de la gravedad. El cuerpo no le pesa. Es únicamente ideas, como en una pesadilla.

—Todos tenemos pesadillas. Perdone, don Manuel, pero la historia no es original.

(Aunque para un comerciante no está mal. Piensa en algo más que en su dinero).

—No me deja terminar. Va a la guerra y...

Muere. Esto sí que muere.

—Por supuesto, señorita Andrea, ¿no está contenta?

(Me toma por loca).

—Pues ¡pschá! Si la gente no muere, sus historias no tienen un verdadero final, pero si mueren ¿a quién interesa ya lo que les sucedió en vida? Es un auténtico problema.

—Creí que le gustaría. Ud. siempre va buscando que maten al héroe.

—Es diferente, sabe. No sé si puede captar el matiz. Es para auténticos artesanos del pensamiento. Si le matan truncan sus posibilidades y no es lo mismo que haber llegado al final de ellas.

—¡Bah!

Tic-tac. Paratac. Tac. La manera de ser del comerciante se le escapaba a la señorita Andrea. Parecía demasiado inteligente, un hombre culto, pero cuando menos se esperaba, hacía un gesto despectivo con la mano como diciendo “fuera rollos, no me compliquen la vida”.

Terminaría esa tirada y lo dispondría todo para el té. Empezó a liberar su pensamiento y a predisponerlo al cálculo. Don Manuel podría pagarle parte de su dinero en especie, necesitaba: hilo japonés fino y resistente, un nuevo juego de dibujos de encaje y otra cinta para el sombrero. Además... tendría que anotarlo o empezaría el comerciante con sus historias y se le olvidaría la mitad de las cosas.

Canturreó por lo bajo. La presencia próxima de don Manuel le ponía un poco alegre. Le trastornaba el ánimo como si tomase una copa de anisette, la dulce bebida con la que festejaba a solas todas las fiestas. Hasta cierto punto, la visita de don Manuel lo era. Le traía dinero e historias que rompían la monotonía. Aquello era bueno para su salud. Había nombrado en el pensamiento dos de los tres pilares que movían el mundo. Dinero, salud. Del amor, mejor, ni acordarse.

Tic-tac. Paratac. Tac. Terminó su puntilla. Los ojos se le iluminaron fugazmente. Recogió los utensilios de labor y empezó a prepararse una mascarilla con limón y bicarbonato. La extendió sobre el rostro. Notaba que la piel se estiraba bajo la pasta y le entró —siempre ocurría— una risa incontenible al advertir que la piel se tensaba y ella no debía mover los músculos de la cara. La soportaba un cuarto de hora con gozo infantil. Después, al lavarse, notaba la cara igual, aunque acaso un poco más blanca y se pellizcaba las mejillas para ocultar su palidez. Se peinaba, ponía un poco de perfume tras sus orejas y en las muñecas y corría, de aquí para allá, como si atendiese a todo, pero sin acudir a nada. A lo sumo, frotaba con una gamuza la parte superior de algunos muebles, sin mover las figuras, sin levantar ni uno de los bibelots, como quien juega a una carrera de obstáculos, tratando de no romper ninguno de aquellos trastos donde se condensaban sus recuerdos.

Veía el mundillo sobre la silla y seguía sonándole en el cerebro el tic-tac-paratac-tac de los bolillos. Una cantinela que formaba ya parte de ella misma.

Llegó don Manuel. Le advirtió la señorita Andrea astuta la mirada y deseos de agradar. Se puso en guardia. Arregló primero los asuntos de dinero y preparó el té después. El estaba reacio a contar historias y pronto al halago: su labor, sus manos, la limpieza de alrededor, la diligencia en todo...

—Alguien así necesitaba yo.

—Ya tuvo su mujer y por lo que cuentan no sé cómo, después de viudo aún le quedan ganas...

Don Manuel abordó la cuestión con medias palabras: se vendían bien sus puntillas, incluso necesitaría más cantidad en el futuro. Era mejor que le hiciese dos entregas al mes y mejor aún...

—Andrea, ¿por qué no se viene a vivir conmigo?

El té se había enfriado en la espera de otras palabras. La señorita Andrea entrevió una idea confusa. Se le aviva un antiguo sufrimiento y se le agranda la incomprensión. Empieza a beber de su taza, el frío vuel-

ve el té desagradable, pero el acto lo simplifica todo. Sabe que ha de decir algo y surge su antigua ingenuidad:

—¿Para qué, don Manuel?

Se remonta a la infancia y la abandona para siempre. Un problema que había ido dilatando por pereza, memez o exceso de ilusión. Advierte un aire de negocio en las primeras frases que quieren ser afectuosas a fuerza de disimulo. Se ha abierto una grieta profunda en su mundo construido a base de renunciadas, mal entendimiento y lenguaje conmisericordioso o nada convincente. Una idea construida sin los otros.

Don Manuel pasa incluso por la boda. Está al acecho de una respuesta. La señorita Andrea tiene húmedos los ojos, pero la voz serena:

—Nunca pensé que llegado el momento tuviera que decir: no. Para ser sincera, nunca creí que el momento llegaría, ni con usted ni con nadie. Lo siento, don Manuel, no lo planteó con inteligencia. Otra cosa hubiera sido...

—¿El qué?

—Un motivo distinto. Por ejemplo: que usted quisiera contarme historias, muchas historias, para que yo las escuchara todas. Más trabajo para mí, más dinero para usted, no. Así no, don Manuel.

Hay un largo silencio. Surge de nuevo en el comerciante el aspecto de caballero. Se levanta, llega hasta la puerta... En las pupilas de Andrea tintinea un gran temor:

—Pero, ¿vendrá usted a comprar mi encaje?

El hombre se vuelve molesto:

—Sí, mujer.

La señorita Andrea se queda arrojando la palabra, repitiéndola en el pensamiento. Cierra la puerta y vuela a la cocina a recalentar su té.